

Ideología y proceso político: "Gato por liebre", o la ideología como engaño histórico analítico

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier

Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile

LA IDEOLOGIA HOY

Querámoslo o no, hay que reconocer que la perspectiva ideológica frente a la realidad está desprestigiada. Esto no quiere decir que asistamos a la muerte de las ideologías, discusión ya antigua, a pesar del aire novedoso que para algunos pueda tener. El tema data de fines de los años cincuenta: baste recordar, por ejemplo, el libro de Daniel Bell, *The end of ideology*.¹

No me refiero tampoco al desprestigio de una u otra ideología en particular. A lo que apunto es a algo más esencial, a lo que es claramente el más importante legado –a mi juicio– de la Revolución Francesa: la idea de que la ideología es el principal agente o fuerza histórica de la modernidad.

Desde 1789 en adelante, en efecto, las ideas fueron valoradas como motores conscientes de la historia. Incluso más, desde ese entonces se ha dado a las ideas la oportunidad única para que efectivamente cambien radicalmente la realidad. Antes de la Revolución había ideas, por supuesto,

pero su sentido era distinto. Las ideas reflejaban o representaban la realidad, actuaban como una imagen especular de la realidad. Después de 1789, las ideas se volvieron históricamente protagonistas. Devinieron entes generadores de cambio y de transformación total. Por tanto, a partir de la Revolución, lo que importa políticamente, más que las ideas, el "qué se piensa" –contenido que, por lo demás, ya estaba presente en el ideario ilustrado, o incluso de antes–, es el "cómo" y "para qué" se piensa, *qué* se puede efectivamente hacer mediante el uso de las ideas.

El armazón teórico que posibilitó este nuevo y revolucionario vuelco en la naturaleza de las ideas se debe a una serie de presupuestos fundamentales: antes, el hombre debió ser visto como algo moldeable; la experiencia tuvo que entenderse como una serie de actos conscientes; la realidad debió ser conceptualizada como objeto racionalizable y abstracto; la historia tuvo que ser definida como acción consciente, no tradición, es decir, acción repetida, habitual, impensada, casuística o convencional. La historia tuvo que ser concebida como fruto de la conciencia crítica, de la planificación institucional proyectual, de la energía y pasión desatada en persecución de un fin. En suma,

1. Daniel Bell, *The End of Ideology: On the exhaustion of political ideas in the fifties* (New York, 1960).

la historia tuvo que ser formulada como el producto que arroja la voluntad en conjunción con la intencionalidad, fuerzas anímicas a las cuales además se les atribuye la capacidad de generar adhesión y posibilitar un orden fundado en la movilización colectiva.

Es ése el marco conceptual al que me refiero cuando hablo de ideología. Y es éste el marco conceptual ideológico que está completamente en bancarrota de un tiempo a esta parte. Persiste en la medida en que pueden persistir créditos luego de una quiebra financiera, pero que la arquitectura global o sistémica de este armazón conceptual está desprestigiada o acabada, pienso que no debiera ser motivo de duda.

Sería muy largo, y motivo de otra ocasión, explicar por qué se nos desmoronó esta construcción paradigmática de la realidad, la construcción "ideológica". Tiene que ver en ello, por supuesto, todo el pensamiento contrarrevolucionario y antiutópico; pensamientos seminales como el de Nietzsche y Freud, para mencionar sólo algunos; dos guerras mundiales suicidas, una tecnología cuya lógica pareciera ser diferente a la anterior, holocaustos, totalitarismos de toda índole "ideológica", etc., etc.

Más que explicar por qué se desmoronó, lo que es fundamental es reconocer signos de este desprestigio y la creciente tendencia a desconfiar de este marco como modelo persuasivo o explicativo de la realidad.

INOPERABILIDAD DEL MARCO CONCEPTUAL IDEOLÓGICO

Quisiera ilustrar la inviabilidad de este modelo "ideológico" analítico de la realidad aplicándolo a un hecho crucial entre nosotros: el 11 de septiembre de 1973. Me interesa poner a prueba una lógica de análisis que todavía nos impide entender bien en que realidad nos movemos.

Mi hipótesis es que desde el 11 de septiembre de 1973 en adelante estamos viviendo una "realidad" diferente, y que no entendemos esta "realidad" porque nuestro ángulo de análisis sigue siendo el marco ideológico anterior. Uso el término

"ideológico" –según ya explicado– en un sentido amplio.

Comencé diciendo que la esencia de la perspectiva ideológica consiste en suponer que las ideas son el principal agente transformador de la realidad histórica. No creo que sea necesario ahondar mayormente, pero detrás del "11" no parece haber ninguna idea actuando. Estamos frente a un hecho descarnado. A pesar de haber sido de distintas maneras anunciado o sospechado, el golpe militar fue y sigue siendo una sorpresa. Sale de lo común en nuestra historia. Si con posterioridad hemos reparado en fenómenos similares o por lo menos analógicos, pienso que ello se ha debido principalmente a que ha mediado el "11" mismo. Por tanto, insisto, el "11" es una sorpresa, un imprevisto, un *shock*.

El guión ya establecido de nuestra historia no contemplaba un hecho como el golpe militar. El golpe se sale de la lógica de la historia. No forma parte del "plan" que se viene desenvolviendo desde tiempos inmemoriales, desde que supuestamente entramos en la historia, es decir, desde que los hechos se remiten a ideas en el sentido ideológico anterior. De ahí que entendamos el golpe como una anomalía, o peor, una aberración, un mentís de nuestra autopercepción como pueblo civilizado. Implica, según este criterio, lisa y llanamente salirse de la historia.

Más de alguno dirá que detrás del golpe hay propuestas ideológicas: la doctrina de la seguridad nacional, por mencionar una. Confieso que no soy experto en seguridad nacional, pero, por lo poco que sé, me parece que no es una ideología propiamente tal. Es una proposición estratégica defensiva; es un plan de acción, de contrainsurgencia; es o implica también una concepción de mundo, si se quiere, una mentalidad de psicosis defensiva. Sin embargo, no es un proyecto de sociedad; es quizás una forma de ordenar la sociedad, pero no le dice a la sociedad a dónde debe ir. La seguridad nacional se agota en su concepción instrumental. Admite todo tipo de fines. Puede haber una seguridad nacional capitalista, musulmana, comunista, etc.

Reitero, detrás del "11" hay hechos, pero ellos no configuran un plan. Es cierto que muy al co-

mienzo se barajaron las más diversas concepciones ideológicas y político-instrumentales posibles: el corporativismo, el liberalismo, la dictadura clásica, el modelo "pronunciamiento español", cierto neofascismo, etc. Todas ellas quizás proliferaron por lo mismo que no había un diseño propuesto o anticipado. Pero no me parece que el protagonismo ideológico sea una característica del 11 de septiembre.

La existencia de una ideología rectora durante el "11" mismo supondría una serie de fenómenos que, de hecho, están ausentes: conflictos internos a partir de diferencias doctrinarias, ebullición intelectual, debate al menos dentro del seno de la estructura de poder. Ninguno de ellos se da. Muy al contrario, hay un fortísimo prejuicio favorable a la acción, despreciativo de cualquiera manifestación intelectual o de pensamiento.

Tengo la impresión de que la falta de ideas explícita, a la vez que ilustra, en parte, el altísimo coeficiente violento del "11". El golpe impacta porque no tiene sentido dentro de nuestros parámetros conceptuales previos, pero también porque se aparta completamente de los patrones rituales en el uso de la violencia política, al menos en la imagen que tenemos de esa violencia. La violencia que entraña y desata el golpe es una violencia ciega, desbordante, desatada; carente de economía; es una orgía de violencia, una insaciable panzada, un empacho de violencia, propio de una cultura que se concebía hasta entonces como equilibrada. El "11" revela un trasfondo animal, primitivo, instintivo, bárbaro, del que suponíamos habernos desembarazado tiempo ha.

Otro de los aspectos que nos cuesta digerir acerca del golpe militar, es su trasfondo de indecisión. Tenemos el prejuicio de suponer que los actores históricos saben a ciencias cierta lo que van a hacer, lo deciden y luego lo hacen. El golpe militar desmiente este prejuicio. Lo que anima el "pronunciamiento" no es un deseo madurado previamente, sino más bien el sentido del deber, el sentido de la obligación. Sospecho de las tesis confabulatorias; suelen a lo más confirmar la ausencia de explicación. Y en este caso, esto me parece evidente. No me parecen que los militares hayan planeado nada. Se vieron obligados y em-

pujados a regañadientes a tomar una decisión. Opera aquí una psicología que duda sistemáticamente hasta que se toma la decisión, para luego no volver nunca atrás. Esto obviamente se opone a una psicología como la que estábamos acostumbrados a manejar, en que se comenzaba diseñando escenarios ideales, para luego convencer a los demás, llevar a cabo esos ideales, y lentamente reflexionar acerca de ellos y evaluarlos críticamente, para terminar desencantándonos y propiciando otro plan. Hay confusión en la motivación y finalidad del golpe por parte de los actores, pero no en cuanto a su materialización, una vez asumida la tarea autoencomendada.

Si el golpe no tiene plan, no tiene diseño, no persigue un fin, no calza con los patrones históricos, no hay decisión *a priori*, ¿qué es? ¿cómo lo podemos entender?

Pienso que el golpe manifiesta fundamentalmente una lógica impredecible para nuestros estándares tradicionales, fundada en el arbitrio, discrecionalidad y efectividad. Lo que introduce el golpe militar en la política chilena es, a mi juicio, una lógica fáctica. Y sostengo que mientras no entendamos bien esta lógica fáctica, no vamos a comprender históricamente el 11 de septiembre; este hecho nos seguirá penando, y no superaremos la sorpresa o el atontamiento inicial que produjo dentro de la conciencia y perspectiva histórica de este país.

En primer lugar, y de ahí que traiga a colación el tema de la ideología, es preciso insistir en que esta lógica fáctica es una lógica no ideológica. Los hechos históricos implican un ejercicio real, no aparente, del poder. Este poder incluso se vuelve una realidad prosaica, literal, cotidiana, omnipresente a la vez que natural. No hay mucho más detrás de este poder que su mero ejercicio. En efecto, la lógica política fáctica es una lógica no discursiva, no es elocuente, no pretende ser persuasiva ni dialogal. Estamos frente a una lógica a la que le basta con hacerse presente, escenificarse desnudamente. Puede incluso llegar a ser intimidatoria y escenográfica; es casi siempre dramática y "gestual".

La lógica fáctica, además, es distinta de la lógica ideológica en cuanto no reviste un carácter "esen-

cial", que apunte a definir las esencias, lo que está más allá de lo meramente factual, lo meta-físico. La lógica fáctica se concentra fundamentalmente en lo meramente existencial. Podría traerse a colación cómo los militares constantemente están invocando esencias: por ejemplo, la idea de nación, de alma nacional, la patria, etc. Tengo la impresión de los militares invocan estas "esencias", pero curiosamente ellas, de la manera en que las manejan, no tienen substancia. Son abstracciones que en algún momento tuvieron un significado, pero cuya comprensión se elude hoy. Los militares tienden más bien a materializar, simbolizar, a fetichizar estas abstracciones, desvirtuando el sentido de esencias o conceptos en un sentido más fino. De modo que insistiría en el carácter agnóstico, positivo, de esta lógica fáctica.

En el fondo, la lógica fáctica es una lógica escéptica, materialista, positivista. La política, de acuerdo a esta lógica, suele devenir en mera escenificación o en espectacularidad, o bien en pura imagen carente de significación. Con todo, tiene el atractivo sensual de lo superficial, de lo estético. Al desprendernos de la lógica ideológica, perdimos en orientación ética, en trascendencia metafísica y en ilusión utópica. Ganamos en estética y en drama escénico. Cualquier cosa se puede decir del 11 de septiembre, salvo que fue tedioso.

De ahí que las explicaciones inspiradas en una impronta ideológica sobre el "11" suenan, al menos a mí, a beatería. Si le quitáramos la violencia, lo gestual, lo muy poco lúcido, lo animal, lo bárbaro, lo wagneriano al "11", ¿con qué *bibelot* nos quedaríamos? Pretender otra cosa es pasteurizar la historia; "civilizar" algo que resulta tanto más atrayente y fascinante cuanto es lo que es, no lo que queremos que sea.

He aquí quizás el modelo de todo el asunto sobre el cual me he estado refiriendo esta tarde. El problema con una perspectiva ideológica de la historia en el sentido estricto que he señalado es que se vuelve o mesianismo o sermón. En el fondo, se le pide a la historia que obedezca a un "deber ser", previamente definido o por el sujeto histórico, o bien por el estudioso de la historia.

De más está decirlo, pero este "deber ser" suele no explicar, sino más bien enjuiciar. A veces inclu-

so este "deber ser" elude enteramente lo que se pretende analizar. En vez de hablar sobre el "11", en realidad se habla de lo que no es el "11"; se habla de una supuesta antítesis al "11", sin hacerse cargo del "11" mismo. Esto a nivel de historiador. A nivel de sujeto histórico, el efecto es peor. En uno y otro caso se enfrenta el hecho histórico sin entender a cabalidad lo que es. Y esto me parece tanto más trágico que cualquier contenido histórico trágico.

UNA HISTORIA DES-IDEOLOGIZADA

Abogo por una historia des-ideologizada. ¿Cómo entiendo yo una historia des-ideologizada?

En primer lugar, la entiendo como una historia que le baja el perfil a las ideas como motores históricos.

Una historia que disminuye el carácter omnisciente de los sujetos históricos.

Una historia que atribuye a las ideas un sentido más bien legitimante, no literal. Los sujetos usan ideas sin saber a veces qué sentido tienen, no obstante saber a ciencia cierta qué utilidad pueden prestar.

Una historia que incorpore lo más posible en el análisis histórico de los hechos el efecto no intencional, la consecuencia no intencional, lo que desmiente la previsibilidad del sujeto omnisciente y voluntarioso.

Pienso que también hay que re-positivizar la historia en un sentido específico. Hay que volver a tratar los hechos tal cual son. Devolverles su materialidad, su dimensión factual, su "gestualidad", su dimensión estética formal. Hay que devolverles su propio sentido y no suponer que responden a un sentido metafísico, externo, calzable dentro de las lógicas de diseño que atraen valóricamente. En otras palabras, hay que terminar en lo posible con los meta-relatos histórico-analíticos y recobrar la narratividad de los hechos.

Pienso también que hay que profundizar en todo lo irracional, cultural, ritual que hay detrás de la historia. No podemos seguir proyectando en la historia nuestra tendencia a racionalizar todo y a leer en ella una confirmación o desvirtuación de la civilización y barbarie. En este punto no me es

posible explayarme, pero creo evidente que, las más de las veces, la razón encubre la fuerza irracional, la civilización disfraza la barbarie. No profundizar en este aspecto, no mirar a lo irracional tal cual es, puede costar caro.

Por último, y a modo de conclusión: quisiera reafirmar la conveniencia de desengañarnos de la historia más que desilusionarnos de ella.² Desen-

ganarnos en el sentido de que la historia es tanto más rica y significativa cuando "es" y no cuando, luego de pretender ser, resulta "ser" lo que "es" y ya es demasiado tarde y no nos queda otra cosa que lamentarnos.

En fin, sugiero más gato y más liebre, pero ojalá sin confundirlos mucho.

2. Cfr. A. Jocelyn-Holt L., "El discreto encanto de nuestro desengaño", en *Utopía(s)* (Santiago: División de Cultura, Ministerio de Educación, 1993), pp. 327-32.